

LA LUNA, LA MUERTE Y SALOMÉ

ROSA NAVARRO DURÁN

NADIE PUEDE OLVIDAR la presencia de la Luna en el acto tercero de *Bodas de sangre*: “¡Ay luna mala! / Deja para el amor la oscura rama”, dicen los leñadores. La acotación nos traza su figura: “La luna es un leñador joven, con la cara blanca”, y luego oímos su terrible romance:

La luna deja un cuchillo
abandonado en el aire,
que siendo acecho de plomo
quiere ser dolor de sangre.

Anuncia la muerte –Leonardo y la novia huyen por el bosque– que desea y que le dará a ella el color rojo: “Pues esta noche tendrán/ mis mejillas roja sangre”. Está reclamando una vida, exigiendo una muerte:

¡No haya sombra ni emboscada,
que no puedan escaparse!
¡Que quiero entrar en un pecho
para poder calentarme!
¡Un corazón para mí!
¡Caliente!, que se derrame
por los montes de mi pecho;

Al final del cuadro primero, la Luna se detiene, tiene ya lo que ansiaba: la

sangre, como le había dicho a la mendiga: “¡Mira que ya mis valles de ceniza despiertan / en ansia de esta fuente de chorro estremecido!”

Pero ¿por qué la Luna está pidiendo sangre con la que volverse roja, está ansiando una muerte? Otra Luna de Federico nos trazará el puente que nos lleve hacia la solución del enigma: es la del primer romance de su *Romancero gitano*.

El “Romance de la luna, luna” cuenta la historia de una seducción fatal porque la luna, con su baile, va a atraer al niño y se lo va a llevar de la mano pisando estrellas. Detrás de esta bailarina mortal asoma otra luna que está buscando muertos, cuya figura se funde con la de una princesa de origen bíblico: Salomé, convertida en tragedia por un escritor inglés que interesó mucho a García Lorca: Óscar Wilde. Escribió la obra en París en noviembre y diciembre de 1891 y lo hizo en francés para que la representara Sara Bernhardt; se publicaría en 1893, en la mala traducción de Lord Alfred Douglas, que Wilde corregiría y volvería a editar (1894), con las ilustraciones de Aubrey Beardsley.

Un claro de luna ilumina la figura de Salomé, y ambas –la doncella y la

luna– son al comienzo solo acto. Es hermosa e Salomé!”; a la luna: extraña, es salida de muerta. Co joven sirio “como una palomas b mientras S reflejos de pejo de pla dos figuras muertos, y pedir la cab los labios d

EL da si el y le advier que mirarla intuye la des se va crea Salomé a s “¡Qué agrac Como una r flor de plat momento cu la voz de I pregunta qu historia de de Iokanna tad de la p otra cosa m logre, se co besar su bo La luna s el joven sir

mirará de nuevo: "¡Oh! Qué extraña está la luna esta noche! Como la mano de una muerta que intentara cubrirse con un sudario". Y el joven sirio le da la razón: "Extraña, sí. Como una infanta de ojos ambarnos. A través de las nubes de muselina sonrío como una princesa". Es el anuncio de la inmediata tragedia porque el joven sirio intentará en vano que Salomé no escuche, no mire a lokanaan; su último grito precede a su suicidio: "Princesa, princesa, semejante a un ramo de mirra, paloma entre las palomas, no mires a este hombre, ¡no lo mires! No le hables así. No puedo soportarlo... Princesa, princesa, no le hables así."

El paje de Herodias, desesperado por la muerte de su amigo, de su amor, verá cómo se ha cumplido la predicción que ambos hicieron de que iba a sobrevénir una desgracia. Es la luna quien se lo ha llevado: "Sabía que la luna buscaba un muerto, pero no sabía que era a él a quien buscaba la luna. ¡Ah! ¿Por qué no lo he ocultado de la vista de la luna? Si lo hubiera ocultado en una caverna, la luna no lo hubiera visto". El joven sirio es solo el primero de los muertos. El ángel de la muerte no dejará ya de sobrevolar la escena hasta el desenlace, como esos ángeles negros del romance "Reyerta".

HERODES LLEGA A LA

terrazza con toda su corte, se fija en la luna y dice: "¡Qué extraña está la luna esta noche! Extraña, en verdad. Como una mujer histérica, una mujer histérica en busca de amantes. Desnuda. Completamente desnuda. Las nubes quieren cubriría, pero ella se niega". El tetrarca

luna—son admiradas por dos jóvenes al comienzo de la pieza trágica en un solo acto. El joven sirio exclama: "¡Qué hermosa está esta noche la princesa Salomé!"; y el paje de Herodias mira a la luna: "Contemplad la luna. ¡Qué extraña, esta noche! Como una mujer salida de la tumba. Como una mujer muerta. Como si buscara muertos". El joven sirio la verá con pies de plata, "como una princesa cuyos pies fueran palomas blancas... como si bailara", mientras Salomé se parecerá "a los reflejos de una rosa blanca en un espejo de plata"; y la blancura funde las dos figuras, la de la luna, que busca muertos, y la de la bailarina, que va a pedir la cabeza de lokanaan para besar los labios que se le niegan.

EL PAJE DE HERODIAS SE

da cuenta de la atracción irresistible que siente por Salomé el joven sirio, al que él ama, y le advierte repetidamente: "No hay que mirarla. La miráis demasado!", e intuye la desgracia inminente. Y mientras se va creando un crescendo de angustia, Salomé a su vez mira la luna y dice: "¡Qué agradable es contemplar la luna! Como una moneda. Como una diminuta flor de plata. Fria y casta". Es en ese momento cuando se oye por primera vez la voz de lokanaan gritando, y Salomé pregunta quién es. Ha empezado otra historia de seducción, porque la voz de lokanaan acaparará toda la voluntad de la princesa; no querrá ella ya otra cosa más que verlo, y, cuando lo logre, se convertirá en puro deseo de besar su boca.

La luna se cobrará la primera víctima: el joven sirio. El paje de Herodias la

TE

hecho a la mendi-
valles de ceniza
esta fuente de

na está pidiendo
verse roja, está
Otra Luna de
puente que nos
del enigma: es
le su *Romancero*

la luna, luna"
una seducción
on su baile, va
lo va a llevar
estrellas. Detrás
tal asoma otra
o muertos, cuya
de una princesa
omé, convertida
rior inglés que
ta Lorca: Oscar
ra en París en
e de 1891 y lo
la representara
ticia en 1893,
e Lord Alfred
egrita y volvería
ilustraciones de

umina la figura
la doncella y la

advierte también la palidez de Salomé: "Nunca la había visto tan pálida", mientras Iokanaan profetiza prodigios: "En este día el sol se volverá un saco de pelaje, y la luna parecerá de sangre".

Herodes está triste, ha resbalado en la sangre del joven sirio, ha oído "un batir de alas en el aire, un gigantesco batir de alas", y le pide a Salomé que baile —le promete que le dará lo que le pida.

SALOMÉ VA A BAILAR descalza, sobre esa sangre. Y, como dice Herodes, la luna se vuelve roja como la sangre. Vendrá el pago: cumplir lo prometido; la princesa quiere también un muerto: la cabeza de Iokanaan, y la tendrá. Pero antes de que caiga el telón, un rayo de luna la iluminará a ella, y se oirá la orden de Herodes: "Matad a esa mujer".

En 1902 J. Pérez Jorba y B. Rodríguez traducen al castellano la obra de Wilde, y en 1914 M. Guerra Mondragón lo hizo de nuevo para la *Revista de las Antillas*. En otoño de 1923 García Lorca compuso el "Romance de la luna, luna". En él la luna, bailando, seduce al niño, que "la mira, mira", y se lo lleva por el cielo de la mano mientras los gitanos lo descubren en la fragua con los ojos cerrados. Esa luna, "con su polisón de nardos", mueve sus brazos "en el aire conmovido" en busca también de un muerto: el niño. Y él no puede dejar de mirarla:

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.

El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.

El movimiento de los brazos de la luna es otra forma literaria del baile mortal de Salomé: pura seducción que arrastra irremisiblemente a la muerte. La atracción que ejerce la Luna, la Muerte, es irresistible para el joven sirio, para el niño gitano. No hay caverna donde ocultarse, no hay fragua que proteja de ella; sus pálidos rayos llegan hasta lo más oculto del ser.

El propio García Lorca une el personaje bíblico a la luna en una de sus "Canciones bajo la luna" (publicadas por André Belamich, quien las supuso escritas a finales de 1920): "Salomé y la luna". Comienza la canción diciendo: "La luna es una hermana / de Salomé", "(Señora / que en una historia antigua / muerde una muerta boca)", y al final los versos las unen:

En el mediodía
o en la noche oscura,
si habláis de Salomé,
saldrá la luna.

En su romance gitano fue más allá y creó novísima miel amarga con esa flor libada: alumbró a la luna como bailarina mortal. Y Federico le dio a la Luna su papel estelar en el desenlace de *Bodas de sangre*: es un leñador con la cara blanca. El deseo permanece, y en él anida la muerte. García Lorca nunca olvidó a la *Salomé* de Oscar Wilde.